

CAPITULO XVII.

SOLARES Y LOS SUYOS.

GREMOS haber dicho lo bastante hasta el anterior capítulo, para que nuestros lectores esten al tanto de la situacion que guardaban los personajes de esta historia, hasta el momento en que Gabriel habia sido despedido del colegio.

Don Santiago recibió esta pesadumbre en los momentos en que Solares, que se habia convertido en su sombra, lo asediaba incesantemente proponiéndole cien negocios á un tiempo.

Solares no cesaba de exclamar para sí—ya tengo á mi hombre, es preciso que Don Santiago acepte por lo menos uno de tantos negocios como le propongo, y cualquiera que sea, me vá á dejar una regular utilidad.

Aplazado definitivamente Don Santiago para resolver en cierto dia, acerca de dos de los negocios propuestos por Solares, que estaba ya seguro de haber atrapado una *bolichada* extraordinaria, llegó una tarde á su casa á eso de las dos, poniendo la cara mas alegre del mundo.

Iban en su compañía, un compadre suyo, mas pobre que Solares, y otro pariente de su muger, que tambien ocupaba uno de los primeros lugares entre los desheredados de la suerte.

Isabel la muger de Solares, se sorprendió al verlo llegar alegre, y sobre todo acompañado; pero al ver que su marido venia cargando una botella envuelta en papel, comprendió de un golpe, que iba á soplar brisa fresca en aquella casa, por tanto tiempo teatro de la miseria y las necesidades.

—¡Isabell gritó Solares desde la escalera de su casa.

Isabel se apresuró á recibir á su marido; y los siete hijos de Solares formaron un grupo de lo mas pintoresco á la entrada del corredor.

—¡Papál ¡papál se oyó exclamar en todas las notas de la escala, que son siete precisamente.

Solares tuvo un momento de verdadera satisfaccion, y las once bocas de los que formaban aquel grupo, dejaron

asomar los dientes simultáneamente, como si hubiera sonado esta voz militar: Presenten.

Once sonrisas, serian asunto de los mas difíciles para un pintor.

Este pintor pondria á Solares en el centro del grupo, levantando su botella empapelada para librarla de las caricias filiales.

Isabel estaba leyendo en la fisonomía de su marido, queriendo adivinar qué loteria sería aquella.

El compadre y el amigo pobre, con el sombrero en la mano y con la sonrisa del convaleciente en los labios.

El pobre y el enfermo tienen una sonrisa particular que se engendra al olor de la sopa de pan.

—Los siete hijos de Solares que hacian la figura de los tubos de un órgano, se sonreian todos y de entre ellos algunos gritaban como cabras.

Por lo pronto no se oyeron mas que estos nombres.

—¡Solares!

—¡Isabell!

—¡Comadre!

—¡Cisneros!

—¡Papál!

—¡Hijitos!

Pero restabecido el órden fué otra cosa.

Solares metió mano al bolsillo y dió dinero á su muger, indicándole con un movimiento de ojos, que el compadre y Cisneros comian.

Isabel que precisamente estaba haciendo la sopa de

pan y que habia recibido á su marido sin soltar el aventador, corrió á la cocina.

Solares mandó despejar la sala, encargando al mas grande de sus hijos que se llevara á los demas, solo que esta órden fué formulada de esta mnaera.

—¡Robertol llévate á la tropa.

—¿Qué traes papá?? preguntó el mas gloton de los muchachos, viendo la botella.

—Medicina, contestó Solares.

—Sí, medicina, refunfuñó el muchacho.

—Despejen, despejen muchachitos, dijo Solares.

Y en seguida desfiló la familia menuda.

Demos una ojeada á la casa de Solares.

La sala en que estaban en aquel momento, era una pieza cuadrilonga de seis varas en su mayor dimension: habia alli un sofá forrado de hule, dos rinconeras con nichos, una gran cómoda de caoba antigua, un sillón de convento, sillón forrado de baqueta y claveteado con clavillos de laton.

Habia algunas sillas pintadas de negro, y ostentando duraznitos dorados en el respaldo.

En las paredes habia una virgen de Guadalupe, un retrato de Iturbide, un retrato al oleo de Solares joven, al otro extremo el de Isabelita antes del primer parto, de manera que al ver los retratos no habia una sola de las visitas que no hi ciera esta pregunta á Solares.

—¿Este es usted, y aquella Isabelita?

—No señor, contestaba Solares, esta es Isabelita y aquel soy yo.

Tan rosagante así estaba Solares en el retrato, y tan lampiño, que solian confundirlo con su muger, que se le parecía algo: y sobre todo tenia muy pronunciado aquel retrato la sombra de la nariz, al grado de que á lo lejos podía tomarse por una indicacion de bigote.

Cuando las visitas se acercaban á ver los retratos, habia por lo general, el siguiente diálago, que los mismos retratos habian aprendido ya de memoria.

—¡Hombre! exclamaba el observador, pues me habia confundido efectivamente, vea usted que cosa, esa sombra de la nariz me pareció el bigote.

—No, no señor, es la sombra; como le viene la luz de arriba.....

—Efectivamente.

—Y como Isabel se parece algo á mí.....

—Sí, vea usted, es cierto, en la frente.....

—Y como ademas Isabel tenia dos hoyitos á los lados de la boca..... ahí están un poquito exagerados.

—Es cierto, pues todo eso me pareció de lejos el bigote.

—No señor, yo no tenia pelo de barba cuando me retraté.

—Ya, ya lo estoy viendo y no era usted mal mozo.

—¡Oh! señor.....

—Pues está usted bien acabado.

—Qué quiere usred, las pesadumbres, las pesadumbres.

Este diálogo que no era, como se vé, el panejirico del pintor, acababa siempre con esta frase por parte del atento espectador.

—Buen pincel.

Cisneros y el compadre habian tenido el gusto muchas veces de contemplar aquellos retratos, y por eso solo se contentaron en esta vez con darles un vistazo.

Isabel que era una persona que por lo comun entendia á Solares con solo que éste moviera los ojos, envió á la sala á una criada con el servicio del catalan, que consistia en un plato de cristal partido por la mitad y pegado con mástic.

Este plato que servia en las ocasiones solemnes, contenia un vasito de vidrio verde, una copa y un pozuoiqto de porcelana.

Solares destapó el catalan con un tirabuzon de bolsa y llenó los tres trastecitos: dió el verde al compadre, la copa á Cisneros y él tomó el pozuelo.

El compadre bajó una despues de otra las puntas de su capa color de plomo que tenia cruzadas sobre las piernas, se paró y dijo:

—¡Vaya compadrel pues por el feliz éxito de los negocios de Don Santiago.

—Por eso mismo, dijo Cisneros.

—Chocaron los utensilios y los tres amigos bebieron y despues fumaron.

El compadre de Solares era un señor que no tenia destino hacia mucho tiempo, vivia de lo que podia, y arrasaba una existencia dificil y triste, pero con una resignacion estóica; era lo que se llama un hombre desgraciado.

Se llamaba Tostado.

Por aquí empezaban sus desgracias, y aparte de que este apellido no despierta por su significacion ideas muy risueñas, ya entre muchas personas era familiar esta frase.

—Es mas pobre que Tostado.

A Tostado segun el mismo decia, lo que le habia faltado era proteccion, que por lo demas no sabia hacer nada.

Llevaba Tostado veintitantos años, de no estrenar las piezas de su vestuario: empezaban en él su segunda vida hasta su trasformacion definitiva.

Durante este largo período de miseria, Tostado habia acostumbrado á su estómago á una inaccion de ventiuna horas por cada veinticuatro.

Habia logrado simplificar la grave cuestion de la alimentacion á lo estrictamente necesario para no fallecer, y por beneficio de Dios, nunca le habia faltado ese último recurso periódico.

La lijera inovacion en este método alimenticio, era una verdadera fiesta para Tostado.

El dia en que lo conocemos en la casa de su compadre Solares, Tostado dejó traslucir su satisfecion por medio de una sonrisa patriarcal.

Ya hemos dicho que la casa olía á sopa de pan, circunstancia que se manifiestaba palpable en las ventanas de la nariz de Tostado, que se dilataban con cierta voracidad preliminar.

El catalancito acabó de imprimir en la fisonomía de Tostado un gesto de bienestar y de satisfaccion que no desdeñaría Mr. Gibbs en un banquete privado.

En cuanto á Cisneros, hay algo mas que decir que de Tostado: sus vestidos eran menos grasientos, y mas sagaz y avisado, contaba en su vida otro género de peripecias.

Entendido en tramitología judicial solia aumentar sus ingresos con propinas ganadas como testigo de asistencia, como ministro ejecutor y como procurador.

Tenia como muchos pobres el instinto de un ódio inveterado á todos los ricos, y se creía indemnizado de la amargura de sus miserias el día que embargaba á un rico ó que veía padecer á una persona de mejor posicion que él.

Cisneros hacia vano alarde de una virtud negativa, que consistía en que algunas trampas que habia hecho habian pasado desapercibidas, y las que tenía intenciones de seguir haciendo, no las habia combinado por falta de oportunidad; de manera que Cisneros era honrado para todos, menos para sí mismo, pero habia adquirido un hábito tal de decirse honrado en presencia de los demas que habia acabado por creerlo él mismo.

Tales eran los amigos de Solares.

—¿Y cree usted, le dijo Tostado á su compadre, que ese señor Don Santiago se dicida por fin á hacer el negocio?

—Voy á decirles á ustedes: yo tengo plena seguridad de que Don Santiago me va á servir de mucho, desde que tengo este dato, que me consta: tiene muy buen corazon.

—¡Es posible!

—¡Excelente! van ustedes á juzgar por el hecho siguiente.

Se presentó á Don Santiago un sugeto.

—Señor, le dijo, sé que es usted un hombre de muy buenos sentimientos, sé que tiene usted un bello corazon, y con estos datos, no he vacilado un momento en dirigirme á usted, para ponerlo al tanto de una desgracia.—¿Que desgracia? le preguntó Don Santiago, —Figurese usted señor, que mi suerte me ha negado los recursos, hasta el grado de verme á un pan pedir, soy de tierra extraña, hace ya ocho meses que estoy aqui sin conseguir recurso de ninguna clase, el Gobierno con la mayor injusticia del mundo me quitó mi destino, reduciendome á la miseria de la noche á la mañana, y hoy me encuentro en una situacion bien crítica, yo soy un hombre decente, aunque me tome la mano en decirlo, y tengo vergüenza, pero hoy me he decidido á salir á buscar quien me socorra, por que mi muger está de parto, y mis hijos tienen hambre.

—Ya sé quien es, dijeron á un tiempo Tostado y Cisneros.

—Es claro, dijo Solares ¿quién no conoce á Esteban?

—Y por supuesto, agregó Tostado sacaría de la bolsa la consabida receta del médico.

—Cabal, así fué, continuó Solares, y siguió haciéndole al pobre de Don Santiago una llorona tan bien combinada que.....

—Que Don Santiago acabó por darle, interrumpió Cisneros.

—Ya se vé, Don Santiago le dió diez pesos.

—¡Diez pesos! exclamaron á un tiempo los amigos de Solares.

—Diez pesos, repitió éste, sobre que estoy verdaderamente escandalizado del hecho; figúrense ustedes á Esteban dueño de diez pesos,

—¡Ah! decididamente exclamó Cisneros, ese D. Santiago es un hombre de quien se puede sacar mucho partido.

Cada uno de aquellos tales personajes, convirtió su cabeza en una devanadera, echándose á buscar en él intrincado laberinto de su imaginación, la manera de explotar á Don Santiago.

Las virtudes de este señor, fueron un cebo para aquellos lobos hambrientos cebo que señalaba de antemano como víctima á aquel que dejaba entrever en medio de la general corrupción una de esas virtudes, más raras cada día, y que más dan pasto á los ambiciosos, que ocasión para admirarlas.

Reinó por lo tanto un elocuente silencio en la sala, silencio que fué interrumpido por el deseado aviso de Isabel de que la comida estaba lista.

Renunciamos á describir el gesto de profunda satisfacción que se pintó en los semblantes de Cisneros y de Tostado, quienes á pesar de tener mucha confianza con Solares, no pudieron menos en aquella vez, que hacer todo eso que hacen las personas muy bien educadas cuando se trata de que pasen dos ó más por una puerta.

CAPITULO XVIII.

EN EL CUAL SE DAN AL LECTOR ALGUNAS
RECETAS UTILES.

EL comedor de Solares era á la vez recámara, y contenia mas objetos de los que en sí podia contener una pieza destinada á dos importantes objetos.

El aumento de convidados determinó la emigracion de varios chicos, que establecieron sus reales en una cama.

Los dos hijos de Solares, Miguel y Laura, disfrutaron el honor de comer pan á manteles, mientras que los otros cuatro y el rorro se diseminaron en campestre confusion.

vizcaba del ojo izquierdo, tenía el derecho mas reluciente que de costumbre.

Como un acontecimiento extraordinario en aquella casa, Isabel dió á los convidados de Solares la agradable sorpresa de servirles café.

—¡Oh! comadre, exclamó Tostado, usted merece bien de la patria.

—¿Porqué compadre? preguntó Isabel que sabia mejor que nadie la causa de aquel agazajo.

—Por que nos vá usted á dar cafecito, dijo Tostado, arrimándose un baso ordinario que tenia delante y poniéndole una de las cucharas amarillas de oropel de que hemos hablado.

Cisneros siguió el movimiento de su compañero, apoderándose del baso verde.

Isabel que habia ido á la cocina, volvió con una jarra llena de café, é iba á llenar los basos, pero al faltar la tercera parte, dijeron Tostado y Cisneros.

—Basta.

Palabra que en la cortesía de la mesa se traduce generalmente en estos términos.

—Esto es demasiado para mí, me encuentro satisfecho, soy de poco comer, como ya solamente por ceremonia, es usted muy amable, etc. etc.

Pero en el presente caso aquel «basta» queria decir esto.

—El resto lo voy á llenar con catalán.

Efectivamente, aquel café quedó despues convertido en un ponche capaz de derribar á un marinero.

La felicidad de aquellos tres amigos habia llegado á su apogéo.

El café es el amigo de la tristeza, de la miseria y de la hambre; es el inspirador por excelencia, y mezclado con aguardiente, forma una bebida de transaccion, de un precio inestimable en ciertas circunstancias y para ciertas gentes.

—El café de los bajas regiones, difiere mucho del moka del salon.

—El café de la casa de Solares, era una infusion no quimicamente filtrada: la ciencia no habia tomado mucha parte en estraer la cafeina con un calor de 90 grados, ni el aparato filtrador de que Isabel se valiera, tenia las condiciones necesarias á esta preparacion, supuesto que el tal aparato habia consistido en un simple jarro; pero á Tostado á Cisneros y á Solares, les pareció muy bueno el café, y excelente despues de mezclado con el aguardiente de Cataluña.

Los muchachos fueron desapareciendo, é Isabel, concedora de las situaciones, desapareció tambien, porque comprendió que todos los grandes negocios que han trastornado el mundo, han sido concebidos delante de una taza de café de sobremesa.

A todo convidado se le puede perdonar el silencio durante la comida, pero á la hora del café se le exige expansion.

Este animal tan superior que se llama el hombre, con todo y la inmortalidad de su espíritu, necesita complacer á la fibra de su estómago y buscar un exitante para los nervios cerebrales, á fin de discurrir mejor ó para hacer algo de provecho.

¿Qué golpe de estado sería posible, si el Maquiavelo que lo medita no contara previamente con un buen cocinero?

¿Sois político? ¿aspiráis, queréis remover una sociedad; queréis conseguir un gran resultado, necesitáis voluntades, y amigos y sectarios y cómplices?

Preparad algunos botes de trufas, haced redactar en bárbaro al mas mas hábil cocinero frances un *menu*, de marearse.

¿Sois amante? ¿deseáis que vuestras prendas personales, que vuestro talento, que vuestra pasión venzan las resistencias del pudor, del deber, de la honra, de la virtud? Exhibios al travez de un baso, aglomerad trufas, setas y mañonesas, cooperad á que se verifique el fenómeno milagroso de los gases y de las influencias químicas que llegan á hacer de un tonto un pensador y de una virtud una catástrofe.

Recurrid á los milagros del vino, cuando queráis que esas máquinas pensadoras que se llaman hombres y mujeres, acaban por hacer alguna cosa estúpida.

Los que llamáis fría á la razón, calentadla.

Los que llamáis frío al cálculo, atemperadlo con ponche de Kirsch.

¿Necesitáis un hombre? conspirad contra su organismo material, envenenadle haciéndole ver que Porraz es muy buen cocinero, é irá y se dejará envenenar.

Habladle de lo que no os importa á la hora de la sopa, pero habladle de vuestro negocio á los postres y copa en mano.

Y bendeciréis en seguida el brebaje de la civilización, al contemplar que el elemento «espíritu» suele hacer sus transacciones con el hipogástrico, previos los fenómenos de la digestión, de la nutrición y de la excitación cerebral.

De manera que si pasados los postres reservarais vuestro asunto para la hora del marasmo y del estrago de la convivialidad, os espondrías á perder asunto y banquete.

Probablemente la negra honrilla de vuestro hombre habria comenzado á despertar medio asfixiada entre el gas carbónico del banquete, y serias hombre al agua.

Por eso antes de Noé, no hay explicación ni disculpa posible.

Pero de las uvas acá, encontramos con facilidad lo clave de todas las grandes matanzas, y de todas las grandes atrocidades, y nos explicamos desde la toma de Babilonia hasta el plan de la Noria, desde las notas medias de un bajo enclenque, hasta el valor de Caliban.

¡Caliban! Escapose á nuestra pluma este nombre, á riesgo de que nuestros lectores de Bocubirito ó del Bolson de Mapimí, no nos comprendan; y como en materia de lectores no abogamos, como en otras cosas, por las dis-

tinciones, vamos á satisfacer la curiosidad de nuestros lectores de Bocubirito.

Caliban es un niño con talento de hombre, estudia, escribe, y se rie; gesticula horrorosamente, y se burla hasta de sí mismo, se llama Gustavo A. Baz y se ha bautizado á sí propio con el nombre de un mónstruo.

Es hijo del señor Don Juan José Baz, una de las personas mas conocidas en México.

Caliban vive en México, y es necesario que asi sea, por que es ya un rasgo fisíonomico de nuestra sociedad: cuando Caliban no está en un grupo, no falta quien pregunte por él.

Deciamos que por medio de la teoria de la influencia alcólica, nos explicariamos, entre otras cosas, el valor de Caliban.

Vamos á probarlo con datos que él mismo nos ha ministrado.

Acaba Caliban de recorrer el trayecto del ferrocarril de México á Veracruz invitado por Mr. Gibbs. Este paseo es bien marcial y tiene sus puntas de aventurado.

Los convidados llegan á verse formal y cortesmente invitados á atravesar el paso de Infernillo, que es un canto de roca de un pié de ancho, al borde de un abismo.

Pues bien, Caliban pasó, como una hormiga á lo largo del filo de una espada, y tuvo valor segun él dice, porque la cortesía de los anfitriones llega al punto de darle cognac al que va á pasar, pues segun es fama en aquellos precipicios, el cognac dá valor.

Caliban afirma que esto es cierto y aconseja á sus amigos el cognac como un específico contra el miedo.

Afortunadamente Caliban no pasa precipicios sino de tarde en tarde.

Terminada esta digresion, volvamos á la sobremesa de la casa de Solares.

Segun hemos visto, Tostado, Cisneros y Solares, se sentian bien; atravezaban por uno de esos momentos indemnizadores en los que parece que recibimos un secreto refuerzo de vida y de esperanza.

Desmenuzó Solares ante sus amigos todos sus proyectos, se pusieron á discusion y fueron aprobados por mayoria absoluta de votos.

—Ese es ya un negocio en la bolsa, dijo Tostado.

—¿Usted lo creé así compadre?

—Ciegamente.

—Entonces, prorrumpió Solares, yo sé quien será la niña el dia de Santa Isabel, que ya está cerca.

Como Isabel estaba cerca tambien apareció apenas oyó pronunciar su nombre.

—Prepárate hijita, le dijo Solares en medio de una expansion conyugal de que Isabel se sorprendió agradablemente.

—¿Para qué?

—Para la fiesta del dia de tu santo.

Le brillaron mucho los ojos á Isabel.

Tostado parpadeó, como si le hubieran pasado un cerillo por los ojos.

Y el ojo de Cisneros se dilató como al contacto de la belladona.

—Pero..... articuló Isabel deseando estimular á su marido con su modestia.

—¿Pero qué? replicó Solares en un arranque de desprendimiento eminentemente nacional; ya me vas á decir que no tenemos camisas, que faltan sábanas, y que sé yo cuántas cosas: todo eso está muy puesto en razon, pero yo tengo muchos deseos de que te diviertas y de que el día de tu santo, Isabel, se venga abajo la casa.

—Es muy justo, dijo Tostado, tanto mas cuanto que tenemos un negocio que nos va á dejar.....

—Lo que todos, dijo Isabel, no hay día de Dios que no vengan ustedes con la cabeza llena de cálculos y al fin de todo no pasamos de morirnos de hambre.

—Pero, ya eso pertenece á la historia antigua; exclamó Solares, con el aplomo de una persona que se acaba de sacar la lotería: en esta vez sí, efectivamente se acabarán nuestras desgracias, y ya verás, ya verás.

Esta determinacion madurada al calor del café con aguardiente, empezó á tomar las proporciones de un proyecto inmediato y realizable; y como Cisneros, el mas tímido de aquellos tres personajes, hiciera presentes sus escrúpulos, se hizo necesario tomarlos en consideracion y acordar definitivamente lo que sigue:

Primero, que Isabel se celebrará á toda costa.

Segundo, que para mas asegurar el negocio de Don

Santiago, se pusieran en juego ciertos arbitrios extraordinarios, á fin de no exponerse á hacer un fiasco.

Esta segunda parte del programa, era de tan deficiente ejecucion como la primera, y en este punto importante fue donde se concentró todo el talento de aquellos tres buenos amigos.

—Supuesto que, dijo Cisneros, ese señor Don Santiago tiene tan buen corazon, ese es el lado flaco, por ahí es por donde debemos tomarlo, por que, vean ustedes, yo soy un hombre experimentado y conozco á mi gente: á cada cual por donde le duela; y supuesto que este señor es tierno, no hay recurso mas seguro que enternecerlo.

—Dicen que tiene un hijo á quien quiere mucho, agregó Tostado.

—Efectivamente dijo Solares.

—¿Y cómo se llama ese niño? preguntó Cisneros.

—Gabriel.

—¿Está en algun colegio?

—En estos momentos acaba de ser arrojado ese niño de un Establecimiento.

—¡Como!

—Sí, y parece que el negocio no es muy sencillo, pues entre los niños circuló la especie de que el tal niño es hijo de un ladron.

—¿Don Santiago es ladron?

—No compadre, dijo Solares, por que Don Santiago no es mas que el padre adoptivo de ese niño.

—Magnífico, exclamó Cisneros ya tenemos la clave:

ya está explicado el cariño de Don Santiago á su hijo, y el interes que se toma por él.

—¿Cómo se explica?

—Muy sencillamente, el dinero que tiene Don Santiago no es suyo, sino del niño, mejor dicho, del padre, quiere decir, del ladron; y siendo este dinero mal habido, nosotros que somos hombres honrados no debemos tener escrúpulo en procurarnos ese dinero.

—Porque dice el refran, agregó Tostado, que ladron que roba á ladron, tiene cien años de perdon.

—¡Estupendol exclamó Solares dando una palmada en la mesa, me dejan ustedes completamente tranquilo con respecto á escrúpulos de conciencia. Ahora, el quid está en saber qué medios es necesario emplear para no dejarle á Don Santiago ninguna salida.

Veamos cuál es el negocio, dijo Tostado.

—Son varios, contestó Solares; pero el principal es este: una persona bien acomodada y de recursos suficientes necesita dinero, porque se le cumplen unos pagarés, y pide dos mil pesos á pagarlos en ocho mensualidades.

—¿Aceptando libranzas?

—Sí, eso por supuesto.

—¿Jira ó acepta?

—Jira.

—¿Y acepta?

—¡Ahl la firma del aceptante es magnífica, es una casa de comercio,

—Pues el negocio me parece bueno, dijo Cisneros.

—Ya se vé que lo es, pero Don Santiago es muy desconfiado.

—Es natural, agregó Tostado, todo dinero mal habido, está muy expuesto á irse por donde vino.

—Naturalmente, dijo Solares.

—¿Quién es la persona interesada en el negocio? ¿se puede saber, compadre? preguntó Tostado.

—Usted la conoce perfectamente, es Doña Estefanía.

—¡Doña Estefanía! dijeron á un tiempo Tostado y Cisneros.

—¡Doña Estefanía! repitió Cisneros, el negocio es hecho: lo garantizo.

—¿Cómo? preguntó Solares.

—Es muy sencillo, ¿la señora ha visto á Don Santiago?

—No.

—¿Don Santiago ha visto á la señora?

—Tampoco.

—¡Bravísimo! Esta tarde me voy á ver á Doña Estefanía, mientras usted le anuncia á Don Santiago que recibirá en la noche la visita de la persona interesada en el negocio.

—Excelente idea, exclamó Tostado, Doña Estefanía me parece lo mas apropósito para voltearle los cascos al mas pintado.

—Pues al avío compadre, exclamó Solares en el colmo del entusiasmo.